

IAN MCEWAN

**PRIMER AMOR,
ULTIMOS RITOS**



En los ocho relatos de este libro, bajo las manipulaciones de McEwan, la depravación puede enmascararse de inocencia y las mariposas pueden resultar siniestras. Con igual fuerza puede mostrar cómo la vida de un niño puede ser arrastrada por lo macabro, o destilar las primeras sensaciones del primer amor, rastreando sus rituales iniciáticos, infundiéndoles una lujuriente imaginería sensual. Asociando lo insólito y la provocación, la ternura y un humor glacial, Ian McEwan nos revela la cara oculta de nuestros fantasmas y nos ofrece una visión diferente de nuestra vida cotidiana.

FABRICACIÓN CASERA

Parece que lo estoy viendo, nuestro cuarto de baño, demasiado estrecho, demasiada luz, y Connie, con una toalla sobre los hombros, llorando sentada al borde de la bañera mientras yo lleno el lavabo de agua caliente y silbo —de excelente humor— «Teddy Bear» de Elvis Presley; lo recuerdo, nunca me fue difícil recordar, pelusa de la colcha acanalada arremolinándose sobre la superficie del agua, pero solo últimamente me he dado plena cuenta de que si este fue el final de un determinado episodio, suponiendo que los episodios de la vida real tengan algún final, Raymond llenó, por así decirlo, el comienzo y la mitad; y si en los asuntos humanos no hay episodios, habría que insistir en que esta historia es sobre Raymond y no sobre la virginidad, el coito, el incesto y la masturbación. Empezaré, pues, por decirles que, debido a razones que no se aclararán hasta mucho más adelante —habréis de ser pacientes— tiene gracia que fuera precisamente Raymond quien quisiera alertarme sobre mi virginidad. Raymond se me acercó un día en el parque de Finsbury y, conduciéndome hasta unos arbustos, se puso a doblar y reenderezar misteriosamente un dedo delante de mis narices, sin dejar de mirarme fijamente. Yo le miré, inexpresivo, tras lo cual doblé y estiré a mi vez el dedo y supe que estaba haciendo lo adecuado, porque Raymond sonrió abiertamente.

—¿Te das cuenta? —dijo—. ¡Te das cuenta! —Asentí, contagiado por su regocijo y en la esperanza de que me dejara solo para poder doblar y estirar el dedo y llegar por mis propios medios a desentrañar en lo posible su asom-

brosa alegoría digital. Raymond me asió por las solapas con inusitada intensidad.

—Bueno, ¿qué me cuentas? —bufó. Tratando de ganar tiempo, volví a doblar y estirar lentamente el índice, frío, seguro, de hecho tan frío y tan seguro que Raymond contuvo el aliento y se puso rígido siguiendo el movimiento. Me miré el dedo estirado.

—Depende —dije, mientras me preguntaba si habría de descubrir en el curso del día de qué estábamos hablando.

Raymond tenía por entonces quince años, uno más que yo, y aunque yo me consideraba intelectualmente superior —lo que me obligaba a simular que comprendía el significado de su dedo—, quien *sabía* cosas era Raymond, y Raymond era quien dirigía mi educación. Raymond me iniciaba en los secretos de la vida adulta, que él comprendía intuitivamente aunque nunca del todo. El mundo que me mostraba, con todos sus fascinantes detalles, secretos y pecados, ese mundo donde venía a ejercer la función de maestro fijo de ceremonias, nunca llegó a sentarle muy bien. Conocía ese mundo bastante bien, pero el mundo —por así decirlo— no lo conocía a él. Por ello, si Raymond conseguía cigarrillos, el que aprendía a tragarse el humo, hacer anillos y proteger la cerilla del viento con las manos como una estrella de cine era yo, mientras él se ahogaba y titubeaba; más adelante, cuando Raymond se hizo con un poco de marihuana, fui yo quien terminó por colocarse hasta la euforia, mientras Raymond confesaba —cosa que yo nunca hubiera hecho— no sentir nada. Igualmente, aunque era Raymond quien, gracias a su voz profunda e indicios de barba, nos abría las puertas de las películas de terror, después se pasaba la película tapándose las orejas y con los ojos cerrados. Algo realmente notable, dado que en un mes nos vimos veintidós películas de terror. Cuando Raymond robó una botella de *whisky* en un supermercado con el fin de introducirme en los secretos del alcohol, mi risita de borracho duró las mismas dos horas que sus ataques convulsivos de

vómitos. Mis primeros pantalones largos habían pertenecido a Raymond, que me los había regalado cuando cumplí trece años. Instalados en Raymond se detenían, como toda su ropa, cuatro pulgadas por encima de los tobillos, se abultaban por las caderas, hacían bolsas por la ingle; y ahora, cual parábola de nuestra amistad, me quedaban como hechos a la medida, tan bien, tan cómodos de llevar que no me puse otros en un año. Todo ello sin olvidar las emociones del robo de tienda. La idea, tal como me la expuso Raymond, era bien simple. Entrabas en la librería de Foyle, te llenabas los bolsillos de libros y se los llevabas a un comerciante de Mile End Road que te pagaba gustosamente la mitad de su precio de costo. Para la primera ocasión tomé prestado el abrigo de mi padre, que arrastraba majestuosamente por la acera al caminar. Me reuní con Raymond frente a la tienda. Iba en mangas de camisa porque se había dejado la chaqueta en el metro, pero estaba seguro de que podía arreglárselas sin chaqueta, así que entramos en la tienda. Mientras yo embutía en mis numerosos bolsillos una selección de delgados volúmenes de prestigiosos versos, Raymond ocultaba en su persona los siete volúmenes de la Edición Variorum de las Obras de Edmund Spenser. Tratándose de cualquier otro, la misma audacia del acto podía haber ofrecido alguna posibilidad de éxito, pero la audacia de Raymond era de precaria calidad, más parecida, de hecho, a una indiferencia completa por las realidades de la situación. El subdirector se puso detrás de Raymond mientras este recogía los libros de su estante. Ambos estaban de pie junto a la puerta cuando me deslicé por su lado con mi carga, sonriendo con complicidad a Raymond, que aferraba aún los libros, y dando las gracias al subdirector, que me sostenía automáticamente la puerta. Por fortuna, el frustrado robo de Raymond era tan imposible, y sus excusas tan idiotas y transparentes, que el director terminó por dejarlo ir, tomándole generosamente, supongo, por retrasado mental.

Y para terminar, quizás con lo más significativo, Raymond me introdujo en los dudosos placeres de la masturbación. Yo tenía por entonces doce años, aurora de mi día sexual. Estábamos explorando el sótano de un refugio, curioseando por ver si los inquilinos habían dejado alguna cosa, cuando Raymond, tras bajarse los pantalones como para mear, comenzó a frotarse la polla con deslumbrante vigor, invitándome al mismo tiempo a imitarle. Así lo hice, y no tardó en penetrarme un placer cálido e indeterminado que creció hasta convertirse en una sensación flotante y disolvente, como si me fueran a desaparecer las tripas de un momento a otro. Nuestras manos, mientras tanto, bombeaban con furia. Cuando me disponía a felicitar a Raymond por su descubrimiento de tan simple, barata y, aun así, placentera forma de pasar el tiempo, todo ello sin dejar de preguntarme si no podría dedicar mi vida entera a tan gloriosa sensación —y supongo, visto desde ahora, que en muchos sentidos la he dedicado—, cuando me disponía a expresar toda suerte de cosas, me sentí de pronto izado por la piel de la nuca; mis brazos, mis piernas, mis vísceras se tendieron, se retorcieron, se estiraron, y todo ello produjo dos grumos de esperma que saltaron a la chaqueta de domingo de Raymond —era domingo— y serpentearon hasta introducirse en el bolsillo del pecho.

—¡Oye! —dijo, interrumpiendo sus movimientos—. ¿Por qué haces eso? —Recuperándome como estaba de tan devastadora experiencia, no dije nada, nada podía decir.

—Te he enseñado cómo hacerlo —me arengó Raymond, frotando delicadamente el brillante trazo sobre su chaqueta oscura—, y no se te ocurre más que escupirme.

De esta forma, a los catorce años había conocido, bajo la batuta de Raymond, una serie de placeres que asociaba, con razón, al mundo adulto. Fumaba unos diez pitillos al día, bebía *whisky* cuando lo había, tenía un gusto de conoedor por la violencia y la obscenidad, había fumado la embriagadora resina de la *cannabis sativa* y era consciente de

mi precocidad sexual, aunque, por extraño que parezca, no le había encontrado aplicación práctica, por faltarle aún a mi imaginación el alimento del deseo y de las fantasías secretas. Todos estos entretenimientos eran financiados por el comerciante de Mile End Road, Raymond fue el Mefistófeles de mis gustos adquiridos, un torpe Virgilio ante Dante, mostrándome el camino de un Paraíso que él jamás habría de pisar. No podía fumar porque le daba tos, el *whisky* le ponía enfermo, las películas le asustaban o le aburrían, la *cannabis* no le hacía efecto, y mientras yo hacía estalactitas en el techo del refugio, a él no le sucedía absolutamente nada.

—A lo mejor —decía desolado una tarde, al salir del refugio—, a lo mejor soy un poco viejo para estas cosas.

En consecuencia, al ver a Raymond retorcer y enderezar el dedo, intuí la existencia de una nueva alcoba de lujo en la vasta, lóbrega y delectable mansión de la edad adulta, y supe que si resistía un poco más, ocultando, para salvar la dignidad, mi ignorancia, Raymond no tardaría en revelarme aquello en lo que yo no tardaría en destacar.

—Bueno, depende. —Cruzamos todo el parque de Finsbury, donde un día Raymond, en sus delincuentes comienzos, cebara a las palomas con astillas de vidrio, donde juntos y colmados de inocente felicidad, merecedora del *Preludio*^[1], asáramos vivo al periquito de Sheila Harcourt, desmayada sobre el césped por allí cerca, donde de niños nos agazapáramos tras los arbustos para tirar cantazos a las parejas que jodían en los cenadores; en fin, cruzamos el parque de Finsbury, y Raymond dijo:

—¿A quién conoces? —¿A quién conocía yo? Seguía tanteando, y además podía tratarse de un cambio de tema, porque Raymond tenía una mente imprecisa. En vista de lo cual dije: —¿A quién conoces tú?—, a lo que Raymond respondió: —A Lulú Smith—, con lo que todo quedó claro, al menos en lo que se refiere al tema mismo, pues mi inocencia era notable. ¡Lulú Smith! ¡La pequeña Lulú!... su solo

nombre me hace sentir como una mano helada en las pelotas. Lulú Lamour, de quien se decía que era capaz de cualquier cosa, y que las había hecho todas. Había chistes de judíos, chistes de elefantes y chistes de Lulú, los principales responsables de la extraordinaria leyenda. Lulú Slim —la cabeza me da vueltas—, su inmensidad física solo comparable a la inmensidad de su supuesto apetito y destreza sexual, su grosería a las groserías que inspiraba, su leyenda solo a la realidad. ¡Lulú la Zulú! La fama le atribuía un rastro de idiotas babeantes que cruzaba todo el norte de Londres, una desolada columna de cabezas y pollas destrozadas de Shepherds Bush a Holloway, de Ongar a Islington. ¡Lulú! Bamboleante circunferencia y risueños ojillos de lechón, caderas lozanas y articulaciones pecosas en los dedos, esta corpulenta y sudorosa masa de colegiala lo había hecho, según su reputación, con una jirafa, un colibrí, un hombre con un pulmón de acero (que después falleció), un yak, Cassius Clay, un tití, una barra de chocolate y la palanca de cambios del Morris Minor de su abuelo (y después con un guardia de tráfico).

El parque de Finsbury estaba impregnado del espíritu de Lulú Smith, y yo sentí por primera vez, junto a la simple curiosidad, indefinidos deseos. Sabía aproximadamente lo que había que hacer, pues había visto parejas amontonadas en todos los rincones del parque durante las largas tardes del verano, y les había lanzado piedras y también los había rociado con agua... cosa que ahora lamentaba supersticiosamente. Y allí, de pronto, en el parque de Finsbury, mientras enhebrábamos el paso entre los descarados montones de mierda de perro, me hicieron rencorosamente consciente de mi virginidad. Yo sabía que era la última alcoba de la mansión, sabía con certeza que era la más lujosa, la mejor amueblada de todas las habitaciones, la de más mortíferas atracciones, y el no haberlo hecho, tenido, conseguido nunca era anatema total, mí impedimento oculto, y esperaba que Raymond, cuyo dedo seguía estirado delante de

sus narices, me revelase lo que tenía que hacer. Raymond lo sabía, sin duda...

A la salida del colegio Raymond y yo fuimos a un café cercano al Odeon del parque de Finsbury. Mientras otros muchachos de nuestra edad se hurgaban las narices ante su colección de cromos o sus deberes, Raymond y yo pasábamos muchas horas allí, hablando generalmente de las distintas formas de hacer dinero fácil y bebiendo grandes tazas de té. A veces entablábamos conversación con los trabajadores que allí acudían. Ahí tenía que haber estado Millais para pintarnos mientras escuchábamos extasiados sus ininteligibles fantasías y hazañas, historias de trapicheos con camioneros, plomo de los tejados de las iglesias, combustible que falta del departamento de ingeniería de la ciudad, y después de coños, tías, faldas, caricias, palizas, polvos, mamadas, de culos y tetas, por delante y por detrás, de frente y de lado, encima y debajo, de arañazos, desgarrones, de lamer y cagar, de coños jugosos derramándose, cálidos e infinitos, de otros fríos y áridos pero que valía la pena probar, de pollas viejas y flácidas, jóvenes y bulliciosas, de correrse, demasiado pronto, demasiado tarde o nunca, de cuántas veces al día, de las subsiguientes enfermedades, de pus e hinchazones, úlceras y lamentaciones, de ovarios emponzoñados y testículos miserables; oímos cómo y con quién follaban los deshollinadores, cómo la insertaban los lecheros de la cooperativa, lo que podía amontonar el carbonero, lo que podía cubrir el tapicero, lo que podía erigir el constructor, lo que podía inspeccionar el inspector, lo que podía amasar el panadero, olfatear el hombre del gas, desatranchar el fontanero, conectar el electricista, inyectar el doctor, alegar el abogado, instalar el mueblista... y así de seguido, en un conjunto irreal de gestados retruécanos e insinuaciones, fórmulas, consignas, folklore y bravatas. Yo escuchaba sin comprender, recordando y registrando anécdotas que algún día habría de usar, acumulando historias de perversiones y costumbres sexuales...

de hecho, una moral sexual completa, por lo que cuando finalmente empecé a comprender, por experiencia propia, de qué iba la cosa, tenía a mi disposición una educación completa que, incrementada mediante una rápida lectura de las partes más interesantes de Havelock Ellis y Henry Miller, me ganó la reputación de juvenil conocedor del coito a quien acudían en busca de consejo docenas de varones... y, afortunadamente, también hembras. Y todo ello, esta reputación que me acompañó hasta la Facultad de Arte y alegró mi carrera, todo ello tras un solo polvo... el tema de esta historia.

Finalmente, en el café donde había escuchado, recordado y no entendido nada, Raymond relajó el dedo para curvarlo sobre el asa de su copa, y dijo:

—Lulú Smith se lo deja ver por un chelín. —Aquello me gustó. Me gustó que no me metieran prisa, me gustó que no me dejaran solo con Lulú Smith con la obligación de realizar lo aterradoramente oscuro, me gustó que la primera maniobra de esta aventura necesaria fuera una maniobra de reconocimiento. Por otro lado, no había visto más que dos mujeres desnudas en toda mi vida. Las películas obscenas que frecuentábamos entonces no eran, ni mucho menos, lo bastante obscenas, pues solo dejaban ver las piernas, espaldas y rostros extáticos de parejas dichosas, abandonando lo demás a nuestra imaginación tumefacta, sin aclarar nada. Por lo que se refiere a las dos mujeres desnudas, mi madre era enorme y grotesca, la piel le colgaba como cuero de sapo desollado, y mi hermana de diez años era una especie de monicaco que de niño apenas podía forzarme a mirar, por no hablar de compartir el baño. Y después de todo, un chelín no era dinero, teniendo en cuenta que Raymond y yo éramos más ricos que la mayoría de los trabajadores que llenaban el café. La verdad es que yo era más rico que cualquiera de mis muchos tíos, o que mi padre, que se mataba a trabajar, o que cualquier otro miembro de la familia que yo conociera. Solía reírme pensando

en el turno de doce horas de mi padre en el molino, en su rostro agotado, pálido y malhumorado cuando llegaba por la tarde a casa, y me reía un poco más alto al pensar en los miles de personas que fluían cada mañana de casas escalonadas como la nuestra para trabajar toda la semana, descansar el domingo y volver el lunes al trabajo en los molinos, las fábricas, los depósitos de madera y los muelles de Londres, regresando cada noche más viejos, más cansados y no más ricos. Entre taza y taza de té me reía con Raymond de esta reposada traición a toda una vida, cargando, cavando, empujando, empacando, comprobando, sudando y gimiendo en beneficio de otros, de cómo, para tranquilizarse, hacen una virtud de esta servidumbre vitalicia, de cómo se preciaban de no haberse perdido un solo día de este infierno; y me reía más que nunca cuando los tíos Bob o Ted o mi padre me regalaban uno de sus bien ganados chelines —en ocasiones especiales un billete de diez chelines—, me reía porque sabía que una buena tarde de trabajo en la librería daba más de lo que ellos rascaban en una semana. Naturalmente, tenía que reírme por lo bajo, porque no era cosa de estropear un regalo como aquel, sobre todo cuando era evidente que les complacía mucho hacerme. Parece que los estoy viendo, a uno de los tíos o a mi padre dando zancadas en el diminuto saloncito de delante, con la moneda o el billete en la mano, recordándome cosas, relatándome anécdotas, aconsejándome sobre la Vida, serenos en el lujo del dar, y sintiéndose bien, sintiéndose tan bien que daba gusto verlos. Se sentían, y durante ese corto período lo eran, liberales, sabios, reflexivos, de buen corazón y expansivos, y quizás, quién sabe, un poco divinos; patricios dispensando a su hijo o sobrino, en la forma más sabia y generosa, los frutos de su astucia y su riqueza... Eran dioses en sus propios templos, y ¿quién era yo para rechazar su obsequio? A patadas en el culo por la fábrica cincuenta horas por semana, necesitaban esos pequeños milagros de salón, esas confrontaciones míticas entre

Padre e Hijo; y yo, que conocía y no era insensible a todos los matices de la situación, aceptaba su dinero, colaboraba un poco, aun a riesgo de aburrirme, y ocultaba mi hilaridad hasta más tarde, para darle entonces rienda suelta hasta el agotamiento, entre lágrimas y ruidosas carcajadas. Mucho antes de saberlo resulté ser un estudioso, un prometedor estudioso de lo irónico.

En estas condiciones, un chelín no era demasiado pagar por una mirada a lo incomunicable, corazón del misterio en el misterio, Grial de la Carne, el conejo de la pequeña Lulú, y le pedí a Raymond que organizara lo antes posible el espectáculo. Raymond se puso rápidamente en su papel de director escénico, frunciendo el entrecejo con importancia, murmurando fechas, horas, lugares, pagos, y dibujando cifras en el reverso de un sobre. Era uno de esos raros individuos que gozan lo indecible organizando acontecimientos y además lo hacen rematadamente mal. Había, pues, grandes posibilidades de que llegáramos en mal día a la mala hora, de que no estuvieran claros el pago o la duración del espectáculo, pero algo era en definitiva más seguro que cualquier otra cosa, más seguro que el nacimiento del sol mañana, y ese algo era que terminarían por enseñarnos el chumino exquisito. La vida, en efecto, estaba sin duda del lado de Raymond. Yo no hubiera podido entonces expresarlo en palabras, pero sentía que en la disposición cósmica de destinos individuales, el de Raymond era diametralmente opuesto al mío. La fortuna le gastaba bromas pesadas, a veces incluso le echaba arena en los ojos, pero jamás le escupió a la cara, ni le pisó a propósito los callos existenciales... los errores, las pérdidas, las traiciones y las injurias de Raymond eran todas, a primera vista, más cómicas que trágicas. Recuerdo que una vez Raymond pagó diecisiete libras por una piedra de dos onzas de hashish que luego resultó no ser hashish. Para cubrir las pérdidas, Raymond llevó el material a un lugar bien conocido de Soho y allí trató de vendérselo a un policía de paisano que, afortunadamen-

te, no se empeñó en denunciarle. Después de todo, no había, al menos entonces, leyes que prohibieran comerciar con estiércol de caballo en polvo, aun envuelto en papel de plata. Me acuerdo también de la carrera campo a través. Raymond, mediocre corredor, era uno de los diez elegidos para representar al colegio en la competición entre subcondados. Yo nunca faltaba a la cita. De hecho, ningún otro deporte me proporcionaba pareadas oportunidades de contemplación serena, entretenida y alegre. Me deleitaban los rostros torturados y deformes de los corredores que entraban en el túnel de banderas y cruzaban la línea de meta; especialmente interesantes me parecían los que llegaban después de los primeros cincuenta o así, corriendo con más ganas que cualesquiera otros de los concursantes y compitiendo endemoniadamente por el puesto ciento trece. Observaba cómo penetraban a traspies en el túnel de banderas, aferrándose la garganta, dando arcadas, agitando los brazos y cayéndose al césped, y me convencía de que tenía ante mí una visión de la futilidad del hombre. En la competición, los únicos que se tenían en cuenta eran los treinta primeros, y una vez llegados estos el público empezaba a dispersarse, dejando a los demás dedicados a sus batallas particulares... momento en que mi interés se agudizaba. Mucho después de haberse ido los jueces, árbitros y cronometradores, yo esperaba en la línea de meta, rodeado de la creciente oscuridad de una tarde de invierno avanzado, para ver arrastrarse hasta la línea a los últimos corredores. Ayudaba a levantarse a los que caían, proporcionaba pañuelos a las narices sangrantes, golpeaba en la espalda a los que vomitaban, masajeaba pantorrillas y dedos acalambrados... en verdad, como la misma Florence Nightingale, solo que yo me regocijaba, me fascinaba alegremente con el espíritu triunfante de aquellos fracasados que se habían hecho pedazos para nada. Cómo se elevaba mi mente, cómo se humedecían mis ojos cuando, tras diez, quince y hasta veinte minutos de espera en aquel campo vasto y mise-

rable, rodeado por todas partes de fábricas, pilones, casas y garajes repetidos, azotado por un creciente viento frío que anunciaba los comienzos de una llovizna helada, esperando en la tiniebla, apercibía de pronto, al otro lado del terreno, ¡una burbuja blanca y coja que avanzaba despacio hacia el túnel, midiendo lentamente sobre el césped húmedo, con los pies insensibles, su microdestino de absoluta futilidad! Y allí mismo, bajo al amenazador cielo de la metrópoli, como para unificar la compleja totalidad de la evolución orgánica y el destino humano poniéndolo todo a mi alcance, la diminuta burbuja amébita de enfrente tomaba forma humana pero seguía obedeciendo al mismo propósito, tambaleándose con decisión en su inútil esfuerzo por alcanzar las banderas... la vida misma, la vida sin rostro y autorrenovadora ante la cual, al derrumbarse aquella forma sobre la meta, mi corazón palpitaba y mi espíritu se elevaba en el total abandono de una morbosa y fatal identificación con el proceso de la vida cósmica... el Logos.

—Mala suerte, Raymond —le decía para animarle mientras le entregaba el jersey—. La próxima vez será mejor. —Y Raymond, sonriendo débilmente con la certeza segura y triste de Arlequín, de Peste, la certeza de que es el Comediante, no el Trágico, quien posee el Triunfo, el vigésimosegundo Arcano, cuya letra es Than, cuyo símbolo es Sol, sonriendo mientras nos marchábamos del terreno, donde la oscuridad reinaba casi por completo, decía:

—Bueno, no era más que una carrera, un juego, ya sabes.

Raymond prometió someter nuestra proposición a la divina Lulú Smith al día siguiente, a la salida del colegio, y yo, me había prometido cuidar de mi hermana aquella noche mientras mis padres iban al canódromo de Walthamstow, me despedí de él en el café. Durante todo el camino estuve pensando en coños. Los veía en la sonrisa de la cobradora, los oía en el rugido del tráfico, los olía en las emanaciones de la fábrica de betún, los conjeturaba bajo las fal-

das de las amas de casa que pasaban a mi lado, los sentía en la punta de los dedos, los notaba en el aire, los dibujaba en la cabeza; llegada la hora de la cena, que consistía en salchichas en su jugo, devoré, como en un rito secreto, genitales de salsa y salchicha. Y, pese a todo, seguía sin saber exactamente lo que era un coño. Miré a mi hermana por encima de la mesa. Reconozco que exageré un poquito cuando dije que era un monicaco... empecé a pensar que después de todo no era tan horrorosa. Los dientes se le escapaban por delante, eso no se podía negar, tenía los mofletes algo hundidos, cosa que no se vería en la oscuridad, y cuando se había lavado la cabeza, como ahora ocurría, casi se la podía considerar pasable. No es, por ello, sorprendente que mientras me comía las salchichas me asaltara la idea de que, con un poco de adulación y quizás algunas honrosas mentiras, podría llevar a Connie a pensar en sí misma, aunque solo fuera por unos minutos, como algo más que una hermana, algo así, digamos, como una hermosa señorita, una estrella de cine y, a lo mejor, Connie, podemos meternos en la cama y ensayar esta conmovedora escena, anda, quítate ese absurdo pijama, yo me ocuparé de la luz... Una vez armado de esta sabiduría, obtenida con toda comodidad, podría afrontar a la temida Lulú con dedicación y abandono, la aterradora ordalía palidecería hasta la insignificancia y, quién sabe, a lo mejor me la podía tirar allí mismo, durante la función visual.

Nunca me había gustado quedarme a cuidar a Connie. Era una niña presumida, mimada, y todo el tiempo quería jugar, en vez de ver la televisión. En general me las arreglaba para acostarla una hora antes de lo debido adelantando el reloj. Esa noche lo retrasé. En cuanto mi madre y mi padre se marcharon al canódromo, le pregunté a Connie a qué quería jugar, podía elegir lo que más le gustase.

—No quiero jugar contigo.

—¿Por qué?

—Porque te has pasado toda la cena mirándome.